

COMENTARIO A LA PONENCIA DEL DOCTOR SILVIO A. ZAVALA: "EL AMERICANISMO EN RAFAEL ALTAMIRA"

Guillermo F. MARGADANT

El estudio de la historia prepara para el relativismo. Es raro el buen historiador que sea fanático. Cuando menos en el occidente, el escepticismo —una actitud tolerante, realista, sin grandes ilusiones— resulta más natural y frecuente en un historiador que el sarcasmo o alguna forma de idealismo militante.

Al final de una larga vida, bien vivida, el intelectual anciano generalmente es tolerante; y el estudio de la historia nos da una visión que equivale a una larga experiencia vital: ya antes de la vejez puede proporcionarnos una visión relativista.

Desde luego, uno observa algunas excepciones al respecto. Existen historiadores comprometidos, fanáticos, amargos o sarcásticos, pero son así por propia cuenta, a causa de alguna desgracia estructural personal, o a causa de alguna luz que han visto, y que los mortales comunes y corrientes no logramos percibir. No son así en realidad los historiadores.

En general, somos bastante simpáticos.

Lo anterior no quiere decir que no podríamos tener convicciones e ideales; pero en calidad de historiador cada uno de nosotros ya ha visto con bastante detalle cómo, en tiempos pasados, tantos grandes y sinceros ideales han demostrado su irrealismo, su infantilidad, y su vacuidad, o cómo ellos, después de triunfar, han dado resultados tan distintos de lo que sus iniciadores habían soñado, o han tomado el curso inevitable hacia arterioesclerosis y otras formas de degeneración.

Más bello es el cerezo
en plena flor,
que pesado de frutas,

Lleno de sanates...
canta un poeta flamenco.

Efectivamente, los historiadores sabemos que en materia ideológica, los imágenes que de momento se nos pueden presentar como Grandes Verdades, no son tan eternos como los oradores pueden afirmar, y que no nos conviene tomarnos a nosotros mismos demasiado en serio cuando nos movemos en el nivel de los "ismos".

"...We lived too long,
and saw the end of much immortal song".

"El tiempo ha derrotado muchos idealismos vigorosos".
"Time has upset many fighting faiths", nos recuerda Wendell Holmes.

Es una frase que puede calmarlos, cuando estamos en peligro de excitarnos excesivamente a favor de algún querido ideal nuestro.

El eminente historiador Rafael Altamira pudo tener una existencia tan benéfica para un armonioso acercamiento entre tres culturas, la española, la hispano-americana y la norteamericana, gracias a su actitud a-fanática, abierta hacia los valores positivos de su patria, pero también de las antiguas posesiones españolas, y de la élite norteamericana.

Cuando inició sus labores, encontró una situación de la que todavía encontramos demasiados residuos: Hispano-América y la Madre Patria se encontraban separadas espiritualmente por una leyenda negra acerca del pasado vireinal, leyenda fomentada por los nuevos patriatismos que, en forma inevitable, surgieron a raíz de las sucesivas independizaciones, y basada en generalizaciones indebidas de ciertos hechos negativos, y una ceguera obstinada ante los positivos. Desde la altura académica, y dirigiéndose en Hispano-América sobre todo a una élite cultural, Altamira ha contribuido a la eliminación de los malentendidos respectivos.

Pero también contribuyó algo a la inmensa tarea —todavía tan inconclusa— de convencer a la intelectualidad hispano-americana de los grandes valores culturales, y del idealismo y altruismo, que existen innegablemente en aquella estructura social gigantesca, en parte tan ingénita y contradictoria, que es la Unión Norteamericana.

En ambas relaciones históricas, —con España y con los EEUU—, Hispano-américa, efectivamente, puede encontrar varios motivos para alimentar desconfianza e inclusive odio.

Pero al lado de tales motivos existen también múltiples hechos que apuntan hacia aspectos positivos en el pasado y en el presente de

aquellas dos comunidades, y si seguimos puliendo nuestros recuerdos negativos y nuestros temores, perjudicamos a importantes posibilidades de colaboración, presentes y futuras.

Aquel “*optimismo*” de Altamira que el doctor Zavala menciona en su elocuente ponencia, parece advertirnos que constituiría otro de los famosos “abusos de la historia”, el destilar de ella venenos para ciertas relaciones presentes y futuras, que podrían ser tan benéficas para ambas partes.

Si la experiencia histórica nos aconseja *prudencia*, la escucharemos con gusto; en cambio, si trata de bloquear unos puentes que podrían servir para comunicaciones que enriquecerían la vida de ambos lados, debemos insistir en nuestro derecho de no dejarnos frenar y espantar por extrapolaciones desde un pasado, a menudo reconstruido de manera muy subjetiva y partidista.

El gran público se deja impresionar cuando oye desde las alturas académicas que “la historia nos comprueba...”. Pero nosotros sabemos con cuánta desconfianza conviene escuchar tales afirmaciones.

La historia nos ofrece miriadas de datos; es imposible tomar todos en cuenta. Inclusive el historiador más responsable y ponderado *selecciona* sus hechos, y siempre se infiltra cierta subjetividad en tal selección y en el establecimiento de las pretendidas relaciones causales. Consciente o subconscientemente, el historiador emprende tal tarea a la luz de sus ideales: sus esperanzas respecto del futuro de su país y de la humanidad.

Un historiador inglés afirmó que por la forma en que algún colega describiera la batalla de Termópilas, él podría determinar si es liberal o conservador... Y Namier presenta la curiosa fórmula de que cada historiador inventa el pasado y conoce el porvenir.

Inclusive en el caso imposible de poder presentar una imagen del pasado de acuerdo con el ideal rankiano: una imagen de “como estuvo realmente”, las extrapolaciones hacia el presente y el futuro son siempre peligrosas. Las líneas de evolución cambian.

Además, el verdadero historiador sabe que cuando alguien nos presenta una reconstrucción del pasado con una impresión monológicamente negativa, tal imagen debe ser el producto de generalizaciones indebidas. En la actualidad no vivimos en blanco y negro, y en lo pasado así tampoco se vivía, ni en el nivel individual, ni tampoco en lo colectivo, o en las relaciones entre las grandes comunidades.

A veces da pena, todavía, darnos cuenta de la superficialidad y del programado negativismo con que se presenta en nuestra enseñanza

media superior la historia de la Nueva España, y de las burdas generalizaciones con que se sugiere al alumnado que no es necesario dedicar mucho esfuerzo a la penetración en aquel mundo, un mundo que en realidad era tan polifacético y que estuvo perpetuamente en experimentación y evolución. Pero nuestro creciente grupo de juristas-indianistas ya está progresando en su tarea de convencer a autoridades, a profesionales y a alumnos, de la necesidad de afinar nuestra sensibilidad hacia aquella plataforma común entre Hispano-América y España, que es la fase india.

Paralelamente con nuestra creciente apreciación por los aspectos hispanos en nuestro fascinador pasado virreinal, el creciente contacto que tenemos, al respecto, con nuestros colegas de la vida universitaria española y con las autoridades e instituciones de la cultura española, ha llegado a ser otro camino por el que aquel rico fenómeno "España" ha penetrado en la conciencia de muchos de nosotros.

Personalmente puedo confesar: desde que comencé a ocuparme seriamente del derecho indiano, paulatinamente España ha llegado a ocupar un lugarcito caluroso en mi corazón, y sé que lo mismo ha sucedido y está sucediendo con otros alrededor de mí.

Así, los progresos en los estudios mexicanos acerca del pasado indiano indudablemente han mejorado las relaciones entre la élite universitaria de México y de la antigua Metrópoli; y este desarrollo ya comenzaba a intensificarse repentinamente, hace unos quince años, o sea en una época en que la situación política de España todavía no se prestaba para un acercamiento oficial entre los dos países.

En relación con esta corriente de la investigación y divulgación del derecho indiano, aquí en México, quisiera apuntar hacia cuatro aspectos de la vida de Altamira:

1) quizás su visita inicial a estas tierras, todavía bajo el Porfiriato, despertó inquietudes en la élite intelectual mexicana de aquel entonces;

2) seguramente la labor local, aquí mismo, de sus alumnos mexicanos —como nuestro Silvio Zavala, al que tanto debemos— o de alumnos españoles transmigrados —como Javier Malacón— ha contribuido a la favorable situación actual;

3) probablemente su segunda y final estancia en México ha tenido influencia al respecto;

4) y con certeza, su impacto académico en España, hasta 1936, o sea durante casi medio siglo, ha construido aquella firme cabeza de puente para el contacto actual, que es floreciente escuela de es-

tudios jurídico-indianistas, una de las múltiples glorias intelectuales de la España moderna.

Así, Altamira ha contribuido a sólidas relaciones a la vez emocionales y académicas, entre dos países que tan bien conocía y a los que tanto amaba: España y México.

En cuanto a las relaciones entre Hispano-América y Anglo-América: por su ejemplo personal, Altamira ha contribuido a sacudir aquella arraigada desconfianza de tantos hispano-americanos cultos respecto de la vida académica norteamericana.

A muchos, les debe haber proporcionado materia para meditación aquel hecho de que un español tan español como Altamira haya adoptado una actitud positiva frente a la vida intelectual norteamericana, —y esto a pesar de que ciertos actos de la política exterior estadounidense seguramente habían herido profundamente a este intelectual español (pensemos en la pérdida de las últimas posesiones españolas en América, en 1898) —.

Para tomar una actitud positiva hacia la cultura norteamericana, no hay ninguna necesidad de aplaudir todo lo que hace el gobierno estadounidense. Los norteamericanos mismos tampoco aprueban todo: una de las admirables calidades de su cultura cívica es precisamente la autocritica. Nosotros mismos, amando a México, tampoco adulamos todo lo que sucede en nivel oficial. Un amor inteligente —inclusive por parte de una madre— siempre es un amor crítico.

Altamira es el ejemplo concreto de que nuestra sincera crítica de ciertos hechos innegables de la política norteamericana, no deben ser impedimento alguno para cordiales y benéficas relaciones con intelectuentes norteamericanos de alto rango político, o con la rica y generosa vida cultural de nuestro gran vecino.

El viejo prejuicio de que “ellos tienen el dinero, pero nosotros tenemos la cultura”, nunca fue compartido por Altamira; al contrario, por su ejemplo personal mostró que un alegre y cordial acercamiento a todo lo que la vida cultural norteamericana puede ofrecernos, sirve para el beneficio de ambas partes.

Objetividad tranquila, relativismo, realismo y optimismo es lo que Altamira nos enseña para nuestras relaciones con España y con los Estados Unidos.

España no merece ser caracterizada exclusivamente por la corte Carlos II o el liderazgo de Godoy, por autos de fé o corridas de toros; la Unión Norteamericana es algo más que el Gran Garrote, música *punk* o el vulgarismo de ciertos *tycoons*; —exactamente como

México no queda bien caracterizado por corrupción, tacos con amigas o estadísticas sobre la inseguridad—, y exactamente como la inestabilidad política y las juntas militares constituyen sólo un aspecto entre muchos del mundo Hispano-americano, un mundo que por otra parte tiene que ofrecer valores tan importantes, mucho más allá de lo meramente exótico y pintoresco.

Los que trabajamos en la vida universitaria trans-nacional, sabemos que en estos tres mundos, el español, el norteamericano y el hispano-americano, está en formación algo como una nueva "Internacional", una creciente familia de gente inteligente y culta, optimista aunque consciente de los grandes riesgos que actualmente circundan la humanidad; intelectuales de buena voluntad, dispuestos a apreciar todo lo positivo que está desarrollándose en otras comunidades; gente que, sin dejar de amar la propia idiosincrasia, rechaza todo egocentrismo nacionalista.

Y Rafael Altamira ha sido uno de sus precursores.